

GENERACIÓN *SELFIE*

JUAN MARÍA GONZÁLEZ-ANLEO SÁNCHEZ

ACTUALIDAD 



JUAN MARÍA GONZÁLEZ-
ANLEO SÁNCHEZ

GENERACIÓN *SELFIE*



Diseño: Ignacio Molano / Estudio SM

© 2015, Juan María González-Anleo Sánchez

© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2813-0

Depósito legal: M-14.100-2015

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1. LAS TRANSICIONES FRUSTRADAS	15
1. La emancipación postergada, ¿un problema nuevo?	15
a) Dos perspectivas complementarias sobre la emancipación juvenil tardía	19
b) Transiciones en perspectiva: modelos europeos de transición a la vida adulta	25
2. Trabajo	28
a) La paradoja del caso español: entre el abandono escolar temprano y la sobreeducación	31
b) Paro juvenil y precariedad laboral	37
c) Del mileurismo al miseurismo	44
3. Vivienda	50
4. No nos vamos, ¡nos echan!	59
2. DESCONFIANZA SOCIAL Y DESCOMPOSICIÓN DEL TEJIDO SOCIAL JUVENIL	68
1. El fin de la sociedad y la generación <i>selfie</i> como turistas sociales	72
2. Instituciones, inútiles y prescriptivas	74
3. El declive de la confianza en los demás	79
4. La desertización de la confianza en grupos y movimientos sociales	86
5. Participación social: la falta de tejido social juvenil ..	90

3. LO SOCIAL Y LO POLÍTICO, FUERA DE ENCUADRE	103
1. Radiografía política del joven español: ¿qué nos dicen los datos?	106
2. 15-M: el pinchazo de la burbuja política	119
3. Podemos, la voz del hastío	129
4. CUATRO LÍNEAS ARGUMENTALES PARA EXPLICAR LA APATÍA SOCIAL Y POLÍTICA JUVENIL	140
1. Realidades complejas y sobresaturación de información	141
2. Indefensión aprendida	147
3. «Para gustos, los colores»: un relativismo que inmoviliza	155
4. Rebeldía consumista	164
5. EL DECLIVE RELIGIOSO JUVENIL: OTRA GENERACIÓN MÁS PERDIDA PARA LA IGLESIA	173
1. Generación <i>selfie</i> , el último eslabón de un largo proceso de secularización	174
2. La identidad religiosa de los jóvenes	179
3. La endeble socialización religiosa juvenil	183
4. Creer aún, pero sin pertenecer	186
5. Una Iglesia muy lejana... y ajena	196
6. LA GENERACIÓN <i>SELFIE</i> EN SUS GUARIDAS	204
1. La estrategia de enroque en los grupos primarios: familia y amigos	205
2. La burbuja de la marcha y de la noche: sucedáneos de independencia	222
3. La burbuja consumista	232
EPÍLOGO	245
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	251

A mis alumnos, cuyas conversaciones
en clase y fuera de ella
me han ayudado a entender tanto dato frío y,
a menudo, *poco conversador*.

Y a Jahfar, Omar, Ricardo y Luis,
la próxima generación, *una nueva esperanza*.

INTRODUCCIÓN

El *selfie* es una gran metáfora de la vida actual. Ya no interesa lo que ocurre alrededor, sino lo que nos ocurre a nosotros: a mí y a mis amigos, a mí y a mi grupo. Las segundas y terceras personas han desaparecido por ajenas, problemáticas, difíciles. Más allá del yo y del nosotros está el abismo. En cuanto a los tiempos, el único que se conjuga es un presente perpetuo, un hoy renovado, eterno, que carece de historia. El pasado se desvanece sin rastro; en cuanto al futuro, una niebla intensa lo cubre. La historia y el tiempo han muerto.

CONCHA CABALLERO, *Me gusta / No me gusta*.

No ha habido probablemente a lo largo de la historia un fenómeno tan efímero, y en apariencia tan trivial, que haya conquistado en tan poco tiempo y tan poderosamente el imaginario colectivo global como el *selfie*. Su historia (¿casualidad?) se desarrolla exactamente en los mismos años que llevamos de crisis económica, política y social. Si a finales de la primera década del siglo comienzan ya a aparecer los primeros autorretratos (aún no se les conocía como *selfies*) colgados en la red social *Myspace*, fotografías de muy mala calidad hechas aún casi exclusivamente por adolescentes en el cuarto de baño, a día de hoy pocas celebridades quedan ya, sean actores, cantantes, personalidades del mundo mediático o incluso líderes políticos y religiosos, cuyos *selfies* no

hayan dado la vuelta al mundo, habiendo sido incluso declarado el término *palabra del año* en 2013 por el *Oxford Dictionaries*.

¿Podemos seguir pensando que el *selfie* es aún una moda pasajera? Claramente no. Pero, si ya no es solo una moda, ¿qué es? O, mejor dicho, ¿qué *más* es? En 2014, año en el que escribo este libro, una imagen con mucha menos trascendencia mediática que el *selfie* de Ellen DeGeneres junto con varias estrellas de Hollywood en la ceremonia de los Óscar o el de Obama con la primera ministra sueca en el funeral de Nelson Mandela, era publicada por la NASA para conmemorar el Día de la Tierra: el mosaico *Globalselfie*, una imagen del planeta Tierra realizada con 36.000 *selfies* publicados por personas de 113 países y regiones. Esta imagen del planeta, símbolo visual por excelencia de la idea de colectividad, del concepto de *nosotros*, es construida en este mosaico a base de pequeños fragmentos en los que los protagonistas aparecen autorretratados, bien solos, bien acompañados única y exclusivamente por un grupo restringido de amigos o de familiares, convirtiéndose así en una nueva y paradójica forma de entender la tensión entre lo individual y lo colectivo: atomizada, recompuesta a partir de microrrelatos, de microvivencias y de microentornos individuales.

Esta misma representación de la tensión individual-colectivo es la que he tratado de reflejar en el título de este libro. ¿Puede existir una *generación*, por definición una colectividad amplia de referencia, construida a partir del *selfie*? Solo de la misma forma que puede existir un mapamundi *selfie*: si se comienza a edificar lo colectivo desde y únicamente a partir de lo micro. En este sentido, un mundo, una sociedad o una generación *selfies* pueden ser considerados como la consagración de la consabida fórmula del neoliberalismo, magistralmente expresada por Margaret Thatcher en 1987: «La

sociedad no existe. Hay individuos, hombres y mujeres, y hay familias». La sociedad, la colectividad por excelencia, se convierte así, desde esta nueva fórmula neoliberal, en una mera construcción *a posteriori* sin base real y, por supuesto, deslegitimada por el orden socioeconómico.

De la misma forma no existe, usando ahora el lenguaje marxista, una generación *para sí*, es decir, una colectividad de referencia presente en la vida de los individuos que ayude a construir su identidad, que guíe y oriente sus aspiraciones y, en general, sus actos. Porque de eso trata precisamente este libro, del abandono de toda forma de *conexión generacional* (Mannheim), de todo proyecto colectivo por parte de toda una generación de jóvenes que sencillamente no entenderían absolutamente nada si alguien les dijese que *forman parte* de una generación. De una generación, de un país, de un mundo...

En la magistral obra de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad*, el coronel Aureliano Buendía vivía, ya en los últimos años de guerra, permanentemente encerrado dentro de un círculo de tiza que dibujaban sus subalternos allí donde él llegase, incluida la propia casa de sus padres que le vio nacer y crecer. El joven actual, a través del *selfie*, traza en torno a sí un círculo impenetrable que le separa del mundo que le rodea, deslindando su territorio privado y su propia experiencia de la colectividad. Un círculo en el que solamente pueden entrar, a lo sumo, las personas más cercanas, pero que deja fuera, como nos señala la cita de Concha Caballero del principio de esta introducción, a terceras personas, probablemente incluso a segundas personas... por ajenas, problemáticas, difíciles... porque no interesan, en definitiva, o porque son vistas como incordios o amenazas potenciales. Sea por una u otra razón, estas personas están, para el joven actual, *fuera de foco*.

El significado del término *selfie* va, además, mucho más allá de este cambio de representación de la tensión individual-colectivo, reflejando con gran fidelidad el mundo actual de los adolescentes y jóvenes. *Selfie* es, en este sentido, el triunfo definitivo de lo visual en un mundo líquido en el que predomina la inmediatez calculada, el permanente ensayo «esto soy aquí y ahora», quedando la intimidad perfectamente mimetizada con la pública exhibición para el consumo (*extimidad*): *serás visto, serás consumido... o no serás nada*. No hay que dejarse engañar por lo que a veces parece demasiado obvio: inmediatez, presentismo virtual y visual, no significa espontaneidad, y mucho menos dejadez o descuido. Nada más lejos de la realidad. El *selfie* es la expresión más sofisticada (por el momento, claro) de voluntad de autodomínio. A través de él, el joven se vuelve empresario de sí mismo, gestor de *su* juego de identidades para *su* consumo en la hoguera digital de las vanidades: ángulo bajo, ¿de perfil o de frente?, plano general, tres dedos en alto señalando a la cámara *a lo* «*Juegos del hambre*», la lengua atravesada en la boca, como Miley Cyrus, o con flequillo rocker, como en *Grease*... ¿Cómo me veis?

Selfie es, por último, tecnología. Desde el teléfono inteligente con cámara frontal, que permite verse a uno mismo mientras se enfoca o se elige el tipo de filtro que se quiere utilizar, hasta las aplicaciones de Instagram, Twitter o Facebook, que permiten colgar las fotos y recibir comentarios al instante. No encontrará el lector ningún capítulo en este libro dedicado exclusivamente al tema de la tecnología. Igual que no encontrará ningún *capítulo* en la vida del joven sobre ella. Porque estas nuevas tecnologías empapan e incluso dan muchas veces coherencia y sentido a *todas y cada una* de las esferas del joven *selfie*, no solo a un apartado restringido de sus vidas. Sin estas nuevas tecnologías difícilmente podría

entenderse algo sobre la forma que tiene el joven de comunicarse, de vivir el mundo de la información, de sentir la comunidad, de implicarse o desligarse del mundo, de consumir... y de ser consumidos.

La cuestión de la tecnología, consecuentemente, será tratada de forma transversal a lo largo de todo el libro, en cada capítulo, partiendo además de la premisa de que no tiene ningún sentido decir que lo que es usado por los jóvenes de tantas y tan diferentes formas y en tantos ámbitos de sus vidas es, a priori, *bueno* o *malo* (Morozov). Incluso, dentro de un mismo contexto, las mismas tecnologías pueden tener consecuencias muy distintas, incluso paradójicamente contradictorias.

En el resto del libro he tratado de hacer un retrato lo más fiable que he podido de esta generación, comenzando, en el capítulo 1, por plasmar la situación de exclusión social en la que actualmente se encuentra. No podría comprenderse la distancia marcada por el joven actual de la sociedad, su desinterés, su desconfianza e incluso muchas veces su temor frente a ella si no se exploraran en profundidad los factores estructurales y culturales que le condenan a esta permanente frustración. En este capítulo procuro recalcar el hecho, además, de que estos últimos siete años de crisis no pueden ser interpretados como un cambio de tendencia, sino como el último acto, especialmente duro, por supuesto, pero *solo* el último de un proceso que comienza ya en los años ochenta y por el cual se bloquea sistemáticamente el acceso de los jóvenes españoles a la vida adulta, a la independencia respecto a sus padres, a un trabajo digno de ese nombre y a la formación de una familia.

Se rompen con ello los así llamados *pactos fordistas* entre la sociedad y el joven, el contrato esencial en las sociedades del bienestar por el que este último ha de esforzarse por su futuro, bien sea a través del trabajo o de los estudios, con la garantía de que este esfuerzo sería alentado y apoyado por

políticas públicas sólidas hasta alcanzar finalmente una justa recompensa.

Esa ruptura precipita el alejamiento del joven de una sociedad a la que, no cumpliendo con su parte del contrato, se mira con la desconfianza característica de quien se siente coartado sin recibir nada a cambio. Una sociedad, claro está, por la que no se piensa mover ni un dedo, ni siquiera para defender los propios derechos, al considerar cualquier sacrificio en este sentido, simple y llanamente, una pérdida de tiempo. Estos serán los objetos de estudio del segundo, tercer y cuarto capítulo, en los que analizaré ese proceso de distanciamiento de todo lo que el joven *selfie* ha terminado dejando fuera de *su* territorio, fuera de foco: las instituciones, las organizaciones y asociaciones civiles y lo *otro* (esas terceras personas ajenas y problemáticas con las que no se sienten vinculados de ninguna forma). Y, por supuesto, la política, ese territorio al que nunca se sintió invitada la nueva generación de jóvenes, que nunca fue tomada en cuenta y que, educada en democracia en los últimos años de crisis, difícilmente puede ver como algo diferente a una *cleptocracia* organizada.

También la religión y la Iglesia han quedado al otro lado del círculo de tiza que los jóvenes trazan en torno a sí y a su territorio. Con la salvedad de que, en este caso, estamos hablando de un proceso más largo que en los anteriores. Este será el tema al que dedico por completo el capítulo quinto. Ya no se trata de odio, como algunos siguen pensando, ni siquiera de rechazo, algo que –como analizaré con detenimiento– quedó atrás hace bastante tiempo. Como herederas de una larga tradición de secularización, las nuevas generaciones *son ajenas* o, dicho con sus propias palabras, *pasan* de una Iglesia a la que, a diferencia de generaciones anteriores, nunca han pertenecido y de una religión que ni siquiera conocen de primera mano y que les despierta muy poca curiosidad.

En el capítulo sexto, por último, nos adentramos dentro del círculo trazado por los jóvenes. Se le podría llamar de muchas formas diferentes a ese espacio dentro de círculo, pero he optado por ponerle el nombre de *guaridas*, ya que parte del significado de esta palabra implica *amparo* y *refugio* frente a un entorno hostil, además de ser el lugar donde frecuentemente suele encontrarse a alguien. Efectivamente, ahí están los jóvenes, enrocados frente a un tablero que perciben peligroso: protegidos por su familia y por sus amigos, única colectividad a la que aún se sienten ligados, que recoge los valores más fecundos de la juventud actual y donde encuentran la cálida sensación de seguridad que ya no encuentran en ningún otro sitio. Analizo también como *guaridas* la noche y la marcha, así como el consumismo, espacios privilegiados de socialización y de creación de identidades juveniles sin perder de vista el planteamiento general del libro: ¿cómo y por qué son elegidos estos espacios para atrincherarse?, ¿hasta qué punto son fértiles estas esferas de recreación juvenil para edificar un nosotros significativo más amplio?

Este libro nace ante todo para dar testimonio de una generación que muy probablemente esté empezando a desaparecer. Porque ya hay signos de que esta generación que aquí describo está despertando. Muy lentamente. Demasiado, sin duda, si tenemos en cuenta las exigencias del momento histórico que le ha tocado vivir. Pero ya hay algunos indicios, señales suspendidas en el aire, de que los jóvenes están despertando de un largo sueño. Quizá sea más mi propia esperanza que la música de la realidad la que me hace ver estas señales. Pero tengo fe en que así será.

JUAN MARÍA GONZÁLEZ-ANLEO SÁNCHEZ
Madrid, 30 de enero de 2015

LAS TRANSICIONES FRUSTRADAS

La crisis económica supone un banco de prueba para el mantenimiento o el cambio de las pautas tradicionales de emancipación de los jóvenes, así como para la sostenibilidad de nuestro modelo de bienestar. El estudio de la situación juvenil actual y la intervención institucional son dos elementos centrales y complementarios para comprender las demandas de los jóvenes y para definir medidas políticas adecuadas a sus necesidades.

ALESSANDRO GENTILE, *Emancipación en tiempos de crisis*, 2013.

1. La emancipación postergada, ¿un problema nuevo?

A comienzos del nuevo milenio, el director de cine francés Étienne Chatiliez estrenó la película *Tanguy*, una comedia con finas e inteligentes vetas de tragedia en la que se retrata la vida de una familia parisina compuesta por el padre, la madre y su hijo de 28 años, un encantador y modélico estudiante que parece no tener demasiada prisa en salir de casa de sus padres. La fuente de inspiración de la película había sido un artículo del *Courrier International* sobre una mujer en Italia que había querido echar de casa a su hijo de 31 años, llegando al extremo de cambiar la cerradura de la puerta. El joven demandó a su madre, a la que el tribunal condenó a volver a acogerlo bajo su techo. «Normalmente –reflexionaba el

director en la presentación de la película— son los hijos los que intentan librarse de sus padres. Aquí, por una vez, era al revés, y se me puso una sonrisilla viciosa». El humor tiene sólidas bases sociales: en Francia, solamente el 13 % de los hombres y el 8 % de las mujeres de 25 a 34 años viven aún con los padres, cifras parecidas a la de jóvenes belgas, alemanes, británicos, holandeses, daneses y suecos, mientras que en España las cifras ascienden al 41 % para los chicos y 30 % para las chicas (INJUVE, 2013).

Al igual que sucede en la mayoría de los países europeos, en España se hace frente al problema con una sonrisa condescendiente, propia de padres y madres, pero no sin una dulcificada carga de reproche y una imagen subyacente de la juventud poco halagüeña, caricaturesca incluso, que encuentra su expresión en la fórmula de *Hotel Mamá*¹. La importancia de esta metáfora radica en su poder como representación social tanto del fenómeno de la emancipación juvenil como, por extensión, de la propia juventud. No es una metáfora *inocente* (ninguna metáfora lo es), pero cumple bien su función, condensando en una imagen rápida un fenómeno complejo, sobreexponiendo algunos de los tópicos más extendidos sobre la juventud y ensombreciendo factores probablemente menos obvios, aunque no por ello de menor relevancia para la comprensión del fenómeno. Con ella se representa una juventud bien acomodada en casa de los padres, su *burbuja rosa*, una juventud comodona, despreocupada de toda responsabilidad adulta (para empezar,

¹ En España aún no se ha acuñado una única expresión que recoja este pensamiento, pudiéndose encontrar diferentes versiones de la misma. He elegido la expresión *Hotel Mamá* intencionadamente, por ser precisamente la más utilizada en países de habla anglo-germana. En Francia, por el contrario, ya se ha asentado la expresión *síndrome Tanguy*, que a grandes rasgos viene a expresar la misma idea.

todas aquellas que conlleva el mantenimiento de una casa propia); una juventud, en definitiva, que vive de paso, como se hace de hecho en un hotel, y que, sin el menor complejo, se dejan servir (y mantener) por unos padres que son a su vez representados a medio camino entre la complicidad resignada y el atónito, pero tierno, servilismo. El propósito de este primer capítulo es determinar hasta qué punto se corresponde esta imagen con la realidad, tratando de volver a equilibrar su juego de luces y sombras, algo sin lo que más adelante sería muy difícil comprender la posición de *turistas sociales* que adoptan los jóvenes frente al mundo que les rodea.

De acuerdo con la definición utilizada en la *Encuesta de Población Activa*, se considera emancipados a aquellos jóvenes que ocupan la posición de personas principales de sus respectivos hogares, son cónyuges de la misma o bien parientes con trabajo remunerado. Siguiendo estos parámetros, a finales del año 2013, 1.608.500 jóvenes de 16 a 29 años, el 23,78 %, se contaban como jóvenes emancipados, mientras que justo antes de estallar la crisis, a finales de 2007, disfrutaban de esta condición 2.420.000 jóvenes, lo que correspondía a una tasa de emancipación del 29,3 % (INJUVE, 2007, 2014).

A fin de alcanzar la suficiente perspectiva para poder situar el origen de esta situación, el CES (2002, pp. 21ss) ofrece un minucioso análisis longitudinal en el que se estudia la trayectoria de emancipación a lo largo del período comprendido entre los años 1976 y 2001, estableciendo grupos quinquenales de edad sobre el intervalo de 20 a 34 años².

² Para comparar la evolución de cada grupo de edad quinquenal (20-24 años, 25-29 años y 30-34 años), el intervalo de tiempo analizado se organiza según períodos de nacimiento de los emancipados (1952-1956, 1957-1961, 1962-1966 y 1972-1976).

Así analizada, la evolución de la emancipación demuestra que el descenso de la proporción de emancipados ha ido produciéndose de manera continuada en cada cohorte quinquenal de los diferentes períodos de tiempo estudiados y, además, que no solo se ha producido un descenso entre los más jóvenes, sino que a estos se les ha sumado el grupo de entre 25 y 29 años y el de entre 30 y 34. Veamos las trayectorias de las diferentes cohortes con más detalle:

- De los jóvenes nacidos entre 1952 y 1956 estaba emancipado en 1976 un 14 % (20-24 años). Cinco años más tarde, en 1981, el porcentaje de emancipados de entre 25 y 29 años ascendía al 54,1 %, llegando al 77 % en 1986 para el caso de los jóvenes con edades comprendidas entre los 30 y los 34 años.
- La trayectoria de los nacidos entre 1957 y 1961 muestra una proporción de emancipados del 14,7 % en 1981 para el grupo de jóvenes de entre 24 y 29 años. El porcentaje de emancipados en este caso resulta ser muy similar al de la misma cohorte de edad de los nacidos entre 1952 y 1956 (14,8 %). En 1986, sin embargo, el porcentaje de emancipados del grupo de jóvenes de entre 25 y 29 años es del 49,5 %, dato que resulta ser notablemente más bajo que el de la misma cohorte de edad del anterior período analizado (54,1 %). Esta diferencia desaparece cinco años más tarde, en 1991, cuando la tasa de emancipados de entre 30 y 34 años ascendía al 84 %.
- El grupo de nacidos entre 1962 y 1966 es el que presenta mayores descensos en la población de emancipados en las tres cohortes de edad: en 1986, la proporción de emancipados de entre 20 y 24 años se aproximaba al 9,8 %, cinco puntos por debajo de los emancipados de la misma edad en 1976; en 1991, esta distancia aumenta aún más para el grupo de jóvenes de entre 25 y 29 años,

siendo el porcentaje de emancipados del 41,1 %, trece puntos por debajo de los emancipados de la misma edad en 1981; por último, en 1996, los emancipados de entre 30 y 34 años resultaron ser el 69 %, ocho puntos menos que los emancipados a esa edad diez años antes.

- En el último período, el que incluye a los nacidos entre 1972 y 1976, continuaba la pauta iniciada a mediados de los años ochenta, presentando una proporción de emancipados de los jóvenes de entre 25 y 29 años de un 25,9 %. Este porcentaje resulta ser 15,2 puntos inferior al porcentaje de la misma cohorte de edad de los nacidos entre 1962 y 1966. Con relación a los nacidos entre 1952 y 1956 (primer período analizado), la diferencia aumenta, siendo 28,2 puntos inferior para el caso de los emancipados entre 25 y 29 años.

Este análisis permite comprobar que el retraso en la emancipación de los jóvenes no es, en ningún caso, un problema nuevo que pueda ser achacado únicamente a la crisis económica, pudiendo situar el comienzo de la fractura emancipatoria en los años ochenta, época en la que se produce en total un retraso del calendario emancipatorio de casi cinco años, manteniéndose esta tendencia hasta principios del nuevo siglo.

a) Dos perspectivas complementarias sobre la emancipación juvenil tardía

La cuestión más importante, sin embargo, no es tanto la edad a la que los jóvenes permanecen en una situación de dependencia en el hogar de los padres, sino los motivos que les hacen preferir (o les obligan a elegir) esta opción frente a otras, manteniendo así hasta el día de hoy una situación que se viene arrastrando desde hace ya más de veinte años.

La revisión de la literatura académica permite reconocer dos grandes perspectivas desde las que puede ser explicado el fenómeno del retraso de la emancipación juvenil. Una primera perspectiva *estructural* centra su interés en aquellos componentes de una sociedad particular que dificultan o incluso impiden al joven la emancipación de casa de sus padres, centrándose fundamentalmente en tres aspectos: la ampliación de la fase formativa de la juventud, la consecuente postergación del momento de entrada en el mercado laboral (así como la incertidumbre y la precariedad de los primeros trabajos) y, por último, las dificultades del acceso a la vivienda. Desde esta perspectiva se pone el énfasis en aquellos factores que *bloquean* el acceso de los jóvenes a una vivienda propia, así como al resto de los rasgos característicos de una vida emancipada y adulta, que –se da por supuesto– es el objetivo prioritario tanto de los propios jóvenes como del resto de la sociedad. Se trata, en consecuencia, de una *perspectiva de la frustración*.

La segunda perspectiva, a la que denominaré *cultural*, queda habitualmente relegada a un segundo plano en la explicación del fenómeno, ya que no centra su análisis en aquellos factores que propiamente bloquean y frustran el objetivo emancipatorio del joven, sino en aquellos que reformulan tanto el significado concreto de la emancipación como la necesidad que de ella tiene el propio joven y el resto de los actores y grupos sociales implicados (con la consecuente redefinición de los términos de coacción grupal). No se puede hablar, en este caso, de una *perspectiva de la frustración*, ya que no queda *bloqueada* ninguna necesidad de primer orden o ningún objetivo prioritario ni del joven ni de los grupos más cercanos a él, siendo interpretada la demora emancipatoria, por lo tanto, como cualquier otra pauta social. Podría hablarse, por tanto, de una *perspectiva de la normalización cultural*.

Desde esta segunda perspectiva puede –y en mi opinión debe– tratarse la cuestión de la tardía emancipación juvenil, centrandó su análisis en aquellos factores de carácter cultural que han contribuido (en los países occidentales en general y en España en particular) a una profunda reformulación del significado y la mutua relación de los conceptos de emancipación y autonomía, así como de su importancia relativa tanto para el propio joven como para el resto de los actores y grupos sociales implicados.

El primer factor que es necesario tomar en cuenta desde esta perspectiva es el cambio de concepción de la etapa de juventud no solamente por los propios jóvenes, sino por el conjunto de la sociedad. Seguir pensando en la juventud como en un puente, en una etapa *de paso* entre una infancia que se abandona y una madurez (como plena inserción de la persona en los derechos y obligaciones adultas) que se anhela alcanzar a toda costa, que se impone y autoimpone como máximo objetivo vital es, a día de hoy, un grave error que necesariamente deriva en una sobrevaloración de los *factores de frustración*. En la actualidad, lejos de concebir la juventud meramente como una sala de espera en la que prepararse o en la que matar el tiempo hasta ser aceptado en la plena ciudadanía, el joven vive y disfruta lo más intensa y duraderamente posible su propia juventud. Ahora bien, ¿cuál es la reacción ante esto del resto de la sociedad?, ¿se opone esta a lo que en otras épocas con seguridad se consideraría como una acomodación patológica? Todo lo contrario. Al mismo tiempo que se ha producido un progresivo envejecimiento de las sociedades occidentales, *lo juvenil* se consolida como un valor social de referencia, convirtiendo la resistencia frente al *envejecimiento* en una exigencia social (González-Anleo, 2014, pp. 81ss). El fenómeno de mayor relevancia en las últimas décadas, en consecuencia, no ha sido

el de la contrarresistencia social a lo que podría parecer, hace solo unas décadas, un atrincheramiento obsesivo de la juventud, sino, muy al contrario, la idealización y la mitificación de una juventud que los más jóvenes tratan de vivir plenamente, a la que los jóvenes adultos se aferran (a veces no sin cierta desesperación), y que los adultos añoran y procuran no perder ocasión de revivir. Una premisa, magistralmente sintetizada por Andreu López Blasco (2005, p. 7) en una simple ecuación, subyace al anterior razonamiento: «El alargamiento de la estancia en el hogar familiar es, en definitiva, un alargamiento de la fase de dependencia, lo cual, y por extensión, significa el alargamiento de la fase de juventud».

Desde esta perspectiva, como señala Moreno Mínguez (2012, pp. 25ss), se abren las puertas a otros criterios de análisis más centrados en la individualización de las transiciones. Según estas interpretaciones, los efectos institucionales y globalizadores se encuentran mediados por la incidencia de los factores culturales y normativos que los jóvenes negocian en sus transiciones dentro de un contexto socioeconómico cada vez más incierto. En este sentido, como afirma Mayer (citado en Moreno Mínguez, 2012, pp. 29-30), en los últimos veinte años se han producido cambios sustantivos en el curso de la vida de los jóvenes en torno, fundamentalmente, a los siguientes grandes procesos:

- *Desinstitucionalización*: las transiciones, circunstancias y episodios de la vida, definidos en el pasado por normas legales y sociales, se han hecho más flexibles, con consecuencias directas en la continuidad y reversibilidad de los itinerarios juveniles.
- *Diferenciación*: a su vez, los itinerarios biográficos están cada vez más diferenciados no solamente por los factores estructurales, como la inestabilidad laboral o la diversificación y alargamiento de los ciclos escolares,

sino también por la aparición de nuevas pautas sociales, como el aumento de nuevas formas familiares no tradicionales y el desarrollo de nuevas formas de relaciones personales y de comunicación menos estructuradas y favorecidas por el uso de nuevas tecnologías.

- *Individualización*: el tema de la individualización tiene una larga tradición en sociología, habiendo sido tratado por pesos pesados como Durkheim, Simmel o Norbert Elias. En tiempos más recientes sigue siendo un tema central del análisis sociológico y es estudiado por autores como Zygmunt Bauman y Ulrich Beck. Ante un mundo que presenta al mismo tiempo una mayor incertidumbre y una cantidad increíble de opciones, en comparación con otras épocas, la propia existencia es vivida como una biografía reflexiva y electiva. La promesa de la modernidad, en opinión de Ulrich Beck, se cumple con creces en las sociedades contemporáneas, y la necesidad de llevar una vida propia, patrimonio solo de unos cuantos elegidos hasta no hace mucho, se convierte en una exigencia para un creciente número de seres humanos que tienen que desarrollar su individualidad en un mundo desbocado. Los jóvenes de hoy viven intentando hallar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas, con un mayor control sobre sus decisiones, lo que en este tema concreto de la transición a la vida adulta se refleja en una mayor pluralidad en las trayectorias individuales.

Teniendo en cuenta estos cambios fundamentales en la forma en que los jóvenes y el resto de la sociedad conciben tanto la etapa de la juventud como la emancipación, la pregunta que se plantea podría formularse de la siguiente manera: ¿hasta qué punto encuentra la juventud espacio vital para desarrollarse en una situación de dependencia? Esta

pregunta nos conduce a un tema complejo, pero en el que, sin duda, reside una de las claves más importantes para comprender el fenómeno del retraso emancipatorio: la relación entre emancipación e independencia. Si, como acabamos de ver, un primer error de cálculo a la hora de afrontar la cuestión de la tardía salida de los jóvenes de casa de los padres es considerar la juventud simplemente como un período de transición a la vida adulta, un segundo error consiste habitualmente en atribuir a la emancipación el sentido que en realidad tiene para los jóvenes: la independencia. Al mismo tiempo que la mayoría de los jóvenes reconoce claramente su falta de emancipación, el 54,5 % (según los datos del INJUVE, 2007, p. 18) también afirma disponer de una amplia libertad en la gran mayoría de los ámbitos cotidianos. Es significativo en este sentido, que entre 1999 y 2005, el porcentaje de jóvenes que consideran tener un nivel *considerable* de libertad (cerca de tres de cada cinco) haya disminuido, aunque no para sumarse a los que lo juzgan insuficiente, sino para engrosar el grupo de los que consideran que tienen «más libertad de la que deberían tener», que pasa entre estos años del 22 % al 31 % (FSM, 2006). En el contexto en que menos libres se sienten es, como era de esperar, el de las opciones de trabajo, difícilmente explicable por la falta de emancipación. En todo lo demás (opciones religiosas, políticas, sexuales, formas de diversión y de estudio) hay, por el contrario, acuerdo casi completo en que se goza de amplia libertad de elección. Como observa Martín Serrano (2002, p. 105), en el desajuste que se produce entre la ontogénesis y la sociogénesis, al tiempo que se retrasa la autonomía económica completa y la emancipación del hogar de origen, se va anticipando la maduración biológico-relacional y muchos de los ámbitos de autonomía que antes eran indisolubles consecuencias de las anteriores.